



Cómo definir el centro

La derecha y la izquierda, en la medida que históricamente han combinado posiciones para mantenerse vigentes, van creando más que una dicotomía, un continuo de posiciones entre dos extremos. Así, la visión diádica es superada por una tríada y, sucesivamente, en la medida que aparecen otras posiciones intermedias, el continuo puede ofrecer múltiples posiciones.

En este sentido dice Bobbio que el igualitarismo "...o sea la nivelación de toda diferencia, es sólo el límite extremo, más ideal que real de la izquierda".

En otras palabras, afirmar que la izquierda es igualitaria no quiere decir que sea también *igualitarista* (...) Consecuentemente, cuando se atribuye a la izquierda una mayor sensibilidad para disminuir las desigualdades no se quiere decir que éste pretenda eliminar todas las desigualdades o que la derecha las quiere conservar todas, sino con mucho que la primera es más igualitaria y la segunda más desigualitaria.

El surgimiento de dichas opciones intermedias puede ocurrir por dos vías:

- La síntesis dialéctica, según la cual los extremos se fusionan y absorben a la contradicción inicial. Este caso se ve claramente en lo que está ocurriendo en la República Popular China: al asumir el capitalismo dentro del régimen políticamente autoritario chino no se están ofreciendo dos ni tres posiciones distintas, sino una sola, que incluye componentes de diversa orientación político-filosófica.
- La sumatoria o yuxtaposición de posturas opuestas. Este es el caso de lo que está ocurriendo en Venezuela entre un nuevo régimen, que privilegia valores de izquierda no propiamente democrático-pluralistas, y elementos de un pasado y de un futuro, ambos poco perfilados que se erigen como opciones. Así se conforman tres posiciones en relativa pugna. Caso muy diferente al de China, en el cual al mismo cuerpo totalitario, estatista y colectivista, se le introdujeron unos componentes contrarios: el capitalismo, el mercado y van surgiendo ciertas libertades individuales que moderan los rasgos extremos referidos.

La historia de Venezuela se ha caracterizado por las tensiones entre tesis y antítesis, pero muy poco por síntesis. Así han ocurrido las pugnas entre tribus indígenas guerreras, entre conquistadores e indígenas, entre colonizadores y colonizados, entre libertadores y realistas, seguidores de Bolívar y los separatistas de la Gran Colombia, conservadores y liberales, liberales y gomecistas, accióndemocratistas y gomecistas, perezjimenistas versus adecos y comunistas, puntofijistas y comunistas; y ahora, entre chavistas y opositores.

La característica fundamental de todas estas contradicciones es que el grupo dominante se comporta como excluyente, los excluidos prometen reivindicar a todos por los sacrificios a que son sometidos y, cuando estos últimos alcanzan el poder, excluyen a los vencidos y a los demás grupos sociales para gobernar bajo criterios y beneficios propios. Es decir, poco o nada se produce de síntesis entre los conceptos y los grupos poderosos y no poderosos. En palabras sencillas, es como si la sociedad venezolana no produjera síntesis, como si la teoría dialéctica propuesta por Hegel sobre el avance de la sociedad tuviera escasa vigencia en el caso venezolano. Así, Venezuela avanza pendulando entre principios contrarios, mas no integrándolos.

El intento que más se ha acercado a generar un régimen incluyente fue el del llamado Pacto de Punto Fijo, cuyos líderes, observando la inestabilidad y frustración de las esperanzas de las grandes mayorías y de los sectores organizados, se pusieron de acuerdo para: primero, gobernar



bajo una coalición entre los principales partidos; segundo, darle una participación pasiva a los sectores en el disfrute de la renta petrolera; tercero, divulgar el ideal democrático, aunque en realidad el régimen fuese uno de pluralismo limitado, donde la participación activa de los sectores organizados, y —con mucha más razón— de las masas no organizadas, estuviese limitada o distorsionada en función de los intereses y puntos de vista de los partidos dominantes; y cuarto, mantener una moderada autonomía entre los poderes públicos. Así, el Pacto de Punto Fijo duró cuatro décadas, pero no pudo escapar al fatídico patrón histórico, según el cual los regímenes políticos en Venezuela tienden a durar alrededor de dos generaciones.

Las pugnas experimentadas por la sociedad venezolana a lo largo de su historia han sido costosas para el país, tanto en lo económico como en inestabilidad política. El gran ausente dentro de esta evolución ha sido la síntesis entre principios contrarios que permita transiciones pacíficas, progresivas y la convivencia entre sectores. Es como si se quisiera imponer un purismo que se legitima por no aceptar compromisos. En este sentido, Samuel Huntington ha señalado que los ensayos por imponer regímenes con instituciones modernas a los países emergentes de las guerras de independencia, primero, ignoraron realidades histórico-sociales que hacían inviables aplicar tales instituciones a realidades no desarrolladas; y segundo, tales purismos sirvieron para legitimar y ocultar regímenes excluyentes, ineficientes y corruptos. Es evidente que esto sigue ocurriendo, en particular en América Latina, África, en el Medio Oriente y algunos países del sur de Asia.

A diferencia de las transiciones violentas y excluyentes que han caracterizado a Venezuela, se pueden citar ejemplos de síntesis o agregación de intereses entre sectores otrora contrapuestos, como ocurrió con la independencia brasilera; con la transición pacífica en Chile entre Augusto Pinochet y la democracia, y como ocurre hoy día en China. Entonces, cuando en esta obra hablo de un centro, me refiero a una posición política que pueda incluir valores y posiciones tanto de la izquierda como de la derecha. Ese centro, así construido, sería un centro que tendería a ocupar un espacio importante en el continuo de posiciones políticas venezolanas. Eso fue lo que intentó el Pacto de Punto Fijo o régimen anterior venezolano.

En cambio, lo que ha ocurrido en Venezuela, tradicionalmente, es que un extremo sustituye al otro, pero no aprovecha, es decir, no incorpora de él nada o casi nada. Más bien se presenta como excluyente del régimen anterior, y es así que se pudiera decir que la historia de Venezuela marcha mediante un proceso dialéctico truncado o inconcluso porque no se produce nunca una síntesis, sino que seguimos viviendo de tesis (representadas por el modelo de los poderosos) y de antítesis (representada por el modelo de quienes no están en el poder, pero llegarán a él, eliminando, no absorbiendo ni aprovechando los elementos positivos de los anteriores).

Precisamente, en términos prácticos y de actualidad, en Venezuela en éste momento no se está produciendo una síntesis, sino que se está construyendo una sociedad cercana al extremo izquierdo del continuo político y a expensas de valores que han ido alcanzándose, tales como el afán por la democracia, la tolerancia, el pluralismo y la participación a través de la descentralización; el respeto a la propiedad privada, la voluntad de lograr metas individuales y por esfuerzo propio, en vez de depender de subsidios del Estado; la disposición a competir en vez de ser protegidos por ventajas negociadas, entre otros. Se puede observar que ninguno de esos valores está en oposición con la responsabilidad por los demás y con el afán de sacar a los pobres de su pobreza que dice profesar el socialismo venezolano actual. Pero dichos valores son presentados por el grupo gobernante como antagónicos en un afán de dividir a la sociedad en dos campos, en un juego político amigo-enemigo.



Así, en el actual régimen se privilegia la igualdad por encima de la propiedad, lo comunitario por encima de la responsabilidad individual, de la libertad y de las leyes. Esta es una disyuntiva innecesaria y contraproducente para el progreso y la felicidad de los ciudadanos. El reto de armonizar valores es mayor que el reto simplista del enfoque oficial vigente desde 1999, hacia la izquierda, y que el reto simplista del 1989, asumido en la dirección contraria.

Las pautas para la definición del centro la marcan las formas de afrontar “soluciones” a los tres dilemas en la organización de la sociedad.

En cuanto a libertad y orden, en la práctica no existen sociedades totalmente individualistas ni totalitarias. Las sociedades desarrolladas y en vías de desarrollo aspiran a superar las tensiones entre libertad y orden mediante tres instrumentos:

- Economías de mercado, incluyendo tanto las mayores libertades económicas posibles, como el papel promotor y el papel regulador del Estado.
- Socialización (educación) del individuo para que internalice y se autorregule dentro de los objetivos y medios que la sociedad le propone, en vez de controlarlo por medios externos, amenazas o represión.
- Sistemas políticos de libertades y participativos, pluralistas con mecanismos de negociación y de acción gobierno-sectores, en los aspectos en los cuales la iniciativa individual o el mercado no aseguren una respuesta adecuada a las aspiraciones sociales, o en los cuales el predominio del orden y de la igualdad amenacen la producción y el bienestar.

En relación a propiedad e igualdad, en la práctica tampoco existen sociedades estables en las que se practique la libertad absoluta de la propiedad ni tampoco la eliminación absoluta de tal derecho. Las sociedades desarrolladas y en vías de desarrollo tienden a practicar el derecho a la propiedad, que cumpla una función social. De allí que el derecho a la propiedad privada tiende a proliferar acompañada de límites, tales como impuestos a predios ociosos, a la propiedad, expropiación por causas de utilidad pública, leyes antimonopolio y leyes que regulan actividades socialmente sensibles como la banca, seguros, salud, educación, transporte y comunicación.

La erradicación de la pobreza es una política prioritaria de todo modelo de centro. Pero este objetivo debe perseguirse a través de políticas de igualdad de oportunidades y, hasta de un cierto grado de redistribución de la riqueza, pero no a través de la igualdad mediante la exageración de dicha redistribución; menos aún si se trata de expropiar para estatizar.

En torno al dilema diferenciación-unicidad: en el mundo real no existe sociedad sin diferencias de grupos e intereses. Ni siquiera las sociedades que han intentado el totalitarismo extremo, como Cuba, Corea del Norte, la ex URSS y China bajo Mao Tse Tung, dejaron de presentar importantes diferencias internas que ponían en evidencia la ausencia de igualdad.

En política, por más democrático que sea el sistema, alguien tiene liderazgo, mientras que la mayoría no lo tiene.

En lo económico se observa que, mientras la exageración de las diferencias conlleva a severos conflictos sociales que hacen inviable la sociedad, las medidas excesivas de igualdad



destruyen la motivación al logro individual, terminando por empobrecer a la mayoría; o sea a igualar por debajo, cuando lo que desea el común de los ciudadanos es tener algo propio.

La modernización en los países desarrollados y en los países en vías de desarrollo que van acumulando éxito se caracteriza por la diferenciación social e institucional. Esta incluye la aplicación de regímenes democráticos, descentralizados y economías de mercado con crecientes niveles de participación, como se verá más adelante, en el capítulo “Modelos de países ganadores y perdedores”.

En cambio, la modernización en los países menos desarrollados y sujetos a grandes diferencias sociales tiende a entenderse como unicidad. De allí las promesas de erradicar las diferencias sociales, de castigar o quitarle a los ricos o poderosos, de movilizar a grandes contingentes de ciudadanos en aras de objetivos colectivos y de limitar la separación de poderes a través del centralismo, el caudillismo y reducción de los poderes políticos intermedios, tales como los partidos, las gobernaciones y alcaldías. Si bien se pueden entender estas grandes reacciones ante las exageradas diferencias sociales, como ocurrió en la Rusia zarista y en la China imperial; también se observó en el siglo XX que ningún experimento que intentara privilegiar la igualdad haya hecho más ricas o libres a las sociedades en cuestión.

Este planteamiento se hace evidente en países como Cuba, Corea del Norte, la ex Unión Soviética y en la China de Mao Tse Tung. Ninguno de esos modelos ha sido estable, sin una alta dosis de represión. Así, todos con la excepción de Corea del Norte –hasta la fecha– han abandonado el modelo de modernización por unicidad y están ensayando la aplicación de modelos de modernización por diferenciación. La misma Cuba comienza a transitar por reformas hacia el centro que recuerdan las tímidas reformas iniciales de Deng Xiao Ping en China.

En estos ejemplos, lo que se observa hoy día es la búsqueda de modelos socialistas de centro. Por ejemplo, Europa oriental acepta la propiedad privada, las diferencias sociales y se están recuperando las libertades políticas y, simultáneamente, se ponen en práctica medidas que buscan evitar las grandes diferencias sociales, especialmente a través de la igualdad de oportunidades de educación, empleo, vivienda, salud y transporte. Por su parte, los modelos más liberales, tales como Estados Unidos y Europa, presentan también crisis y revisiones institucionales que tienden a reflejar la necesidad de combinar libertad y orden. El caso de la crisis del mercado hipotecario ha obligado a diversos estados de estos países a intervenir la economía para regular y subsidiar en aras de solucionar problemas ocasionados por políticas de libre mercado mal concebidas.

En síntesis, un modelo de centro es aquel que reconoce los valores de las posiciones de izquierda y derecha y, a la vez, intenta reducir los costos y sacrificios que supone la implantación unilateral de una u otra posición con políticas tomadas del enfoque contrario.

Los ejemplos más notorios de búsqueda de políticas de centro son los socialismos europeos de hoy día, a los cuales se pueden sumar los de Brasil y Chile. También se pueden agregar a estos ejemplos los casos de China, Vietnam y de los países de Europa Oriental, que proviniendo de extrema izquierda, tienden a converger hacia las fórmulas de los países occidentales.

El modelo de centro asume un doble reto, el de yuxtaponer y el de integrar valores extremos, supuestamente irreconciliables. La sola yuxtaposición no genera un orden armónico ni estable. Esto lo demuestran los ensayos inestables de Venezuela en 1989, hacia la derecha, sin suficiente contenido social; y en 1999, hacia la izquierda, sin suficientes derechos individuales.